

RENE COTY

EL HOMBRE QUE CAMBIO
EL DESTINO DE FRANCIA



René Coty fue un curioso instrumento del destino. Cuando su vida política estaba a punto de terminar —una vida insignificante y vacía— fue elegido Presidente de la República Francesa. Le cupo una extraña etapa histórica: entregó el Poder al general De Gaulle y acabó con una forma de democracia. Acaba de morir en París.

EN diciembre de 1958, hacía frío en el palacio de la Asamblea, en Versalles. Se habían puesto en los rincones estratégicos unas estufas catalíticas (que dan calor sin producir llama), para evitar cualquier posibilidad de incendio en el vetusto e histórico edificio. La Asamblea —la reunión del Senado y de la Cámara de Diputados— estaba eligiendo Presidente de la República Francesa para suceder a Auriol, que había terminado su mandato y se retiraba de la política. Ninguno de los que estábamos allí sospechábamos que aquéllas eran las últimas elecciones presidenciales que iban a celebrarse en Francia de esta manera.

La lucha, eliminados algunos «outsiders», se había centrado en dos curiosos personajes: Naegelen, un elegante socialista de cabeza plateada en cuyo interior quizá había un rescoldo capitalista (su tiempo de gobernador de Argelia había demostrado que un socialista puede, a veces, servir los intereses del colonialismo y del alto capital) y Laniel, que acababa de ser Presidente del Consejo de Ministro en la época que François Mauriac (cuando François Mauriac era de izquierdas) había definido como «la dictadura con cabeza de buey», aludiendo, sin duda, al duro perfil normando de Laniel. Normalmente, los Presidentes de la República Francesa proceden bien del que es Presidente del Senado, o de quien lo es de la Cámara. El de la Cámara era Eduardo Herriot, que se retiraba ya de la política: cada vez que tenía que entrar en el hemicycle, lo hacía sostenido por dos fieles miembros del partido radical (el partido histórico de Francia, que iba a escindirse y a extinguirse dramáticamente con la muerte de Herriot). El del Senado era Gaston Monnerville. Pero Gaston Monnerville tenía un defecto: es negro. ¿Francia es racista? Francia resulta, a veces, racista. En la Prefectura de Versalles había un apartamento preparado noche y día para albergar al nuevo Presidente de la República; es tradicional que pase la primera noche allí, antes de hacer su entrada triunfal en París. Visité aquel departamento y pregunté a Madame la Prefecte quién deseaba ella que fuese su ilustre invitado. «Me es igual —respondió—: el Presidente de la República siempre será bien recibido en mi casa». «¿Si fuese el señor Laniel?» «Sería muy grato para mí.» «¿Y si fuese Naegelen?» «Estaría encantada.» «¿Y Gaston Monnerville?» La esposa del Prefecto de Versalles se quedó en suspen-

so. «Eso no podrá ser.» No podía ser... Francia dosifica sus libertades. Un negro puede ser Presidente del Senado: eso causa un gran efecto favorable en los países de África. Pero no puede tenerlo de Presidente de la República: eso causa mal efecto en los Estados Unidos.

La lucha entre Naegelen y Laniel se prolongó varios días. No se llegaba jamás a la mayoría de dos tercios requerida por la Constitución. Nos aburríamos. Estábamos cansados de hacer varias veces al día el recorrido París-Versalles sobre unas carreteras mojadas y resbaladizas: de telefonar a nuestros periódicos siempre la misma noticia. «Nada: aún nada». La Nochebuena se echaba encima. Al país se le quemaban los nervios. Volvían a relucir todos los viejos tópicos: Francia, país incapaz de salir de puntos muertos; Francia, país acabado; democracia terminada en el mundo, etc.

De pronto, una noche, salió el tercer hombre. Y los periodistas escuchamos con asombro desde nuestra tribuna la proclamación del

por Eduardo HARO TECLEN

nombre de René Coty como Presidente de la República Francesa. Los periodistas extranjeros no sabíamos quién era ni de dónde salía. Yo pregunté a un colega parlamentario francés que respondió: «Monsieur Coty? Mais il est personnel!» No era nadie. Un vago especialista en asuntos constitucionales, un senador que se había distinguido por su puntualidad en acudir a las sesiones, y por su silencio en cada discusión. Y quién sabe si por una cierta bondad. Había escrito versos en su juventud, había sido soldado en la guerra mundial número 1, y le habían herido sin que hubiese llegado a ser un héroe.

Francia se encontró a la mañana siguiente con que el protagonista del cortejo presidencial era un desconocido. Un personaje con nombre de perfume y aspecto de carnicero. Cuando escuchamos sus primeras palabras en el acto del juramento, todos nos quedamos perplejos: era un orador extraído del siglo pasado, con una retórica hueca y una pronunciación declamatoria y absurda. Como

alguien que estuviese representando en una comedia —mala— el papel de Presidente de la República.

Los periódicos y las revistas se lanzaron sobre su esposa para «descubirla». Era una dama pintoresca y popular, con tendencia a la bondad cómica. Nos encontramos con ella en la televisión, lanzando al aire unos «crêpes» normandos y dándonos la receta. Un excelente «gag». Todos reímos.

Comenzó un curioso período en la historia de Francia. Cada vez que la pareja Coty aparecía en las pantallas de los cines, la sala prorrumpía en carcajadas estrepitosas. Los caricaturistas de la prensa diaria se ensañaban con ellos, y los «chansonniers» y las gentes de la calle. Había comenzado una República cómica.

Pero hay destinos extraños. No se sabe cómo, el viejo Coty y su esposa fueron desenvolviendo ternura a su alrededor. Lloraban en cada catástrofe, reían de gozo a cada buena noticia. El francés medio iba viendo en ellos franceses medios. Y cuando Madame Coty murió, hace siete años, en el castillo de Rambouillet —donde eran huéspedes burgueses y despejados del ambiente—, el país despidió con lágrimas a quien había acogido a carcajadas.

No ha tenido esa suerte René Coty, que acaba de morir en París. René Coty, viudo inconsolable —y acompañado, repito, por el país en su viudez, y ya respetado por todos—, iba a tener en sus manos el destino de Francia. Fue Coty quien decidió en un momento de apuro, en el famoso mayo de 1958, abandonar la Presidencia de la República y entregársela al orgulloso general De Gaulle, quien apenas le agradeció con un breve saludo la ofrenda. ¿Qué podía haber hecho Coty entonces? ¿Podía haber salvado la democracia? ¿Podía haber cortado de raíz la ola de insurrecciones que iban a producirse después? ¿Había sacado adelante la República? Coty tuvo todo el poder en sus manos: fue él quien eligió, él quien decidió.

Así ocurrió que el hombre insignificante, que brotó por azar de una noche de Versalles en la que no se podía elegir alguien demasiado significativo, porque no había mayoría de votos, fue para Francia el hombre del destino, el hombre que torció (¿para siempre?) la historia de su país. Por eso, al morir, no ha tenido en torno a él tantos afectos como los que supo ganarse en los últimos meses de su mandato presidencial. Hay quienes le han reprochado que, habiendo salido de la nada, no supiera, al fin, ser algo.